



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9154

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rett rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 31.—

JUEVES 5 DE MAYO DE 1892.

CORREO DE SEÑORAS.

(DESDE PARIS.)

Empezaremos esta revista por la descripción de algunos preciosos trajes, debidos á uno de nuestros primeros modistos.

He aquí, desde luego, una «toilette» completamente adorable y que ha sido muy admirada.

Falda de gasa pekínada negra, brochada maíz. El cuerpo, ligeramente plegado, se abre sobre una pechera de encajes; ancho cinturón flexible. La falda, un poco recogida por delante, se abre en el costado sobre un fondo de encajes bordado de azabache.

Arrebatadora, coqueta y teniendo además el mérito de la novedad es la segunda «toilette» que presento. Es obra de una joven modista que ya se ha conquistado un nombre y cuya reputación se afirma cada vez más. He aquí los detalles: la falda, estilo Eud Media, se compone de un «journeau» de paño de verano heliotropo, de una pieza, abotonada en la espalda y «princesse» detrás. Gran bordado de acero y plata en la parte inferior de la falda, un canesú cuadrado, acero y plata y anchas mangas de terciopelo heliotropo.

Esto es correcto y al mismo tiempo audaz, pues es preciso que la joven esté muy segura de la elegancia de su talle para llevar este traje, que hace resaltar tan visiblemente los contornos.

Además del género modisto ó modista, tenemos también el género sastrero. Estos trajes son de smoking, con grandes vueltas otomanas, y tres botones á cada lado, son un poco más cortos que la «jaquette» ordinaria: chaleco cruzado, cuello otomano; falda con media cola. Este traje, que ha tenido gran éxito, es de «scotch homespun» con matices naturales y creado especialmente para las carreras de prima-

vera y hasta para las de estío, durante el cual no podemos tener confianza en el tiempo, y este vestido será muy útil á los «sportswomen», pues ofrece la gran ventaja de resistir á la lluvia.

Paso ahora á los abrigos que este año varían extraordinariamente de forma: se usan «jaquettes», capa «cottets» pelerinas, etc.

Os hablaré desde luego del «spring-tide jacket» de forma diagonal, forrado de seda, y pudiendo cerrarse, según se desee, es muy bonito y se presta á todas las combinaciones. La vuelta puede llevarse desabotonada ó abotonarse para resguardar el pecho en caso de frío; «jaquette» práctica por excelencia.

Su «chic» inglés la recomienda para el concurso hípico, en el que desde luego ha alcanzado un gran éxito.

Véase ahora algo que es muy francés: el «cottelet pelerine» de fondo perlado, guarnecido de pequeños rizados de cintas de roiré extremadamente coquetón y muy parisien. Es invención de Montailié y hará furor este verano.

También es muy elegante la linda «jaquette» de paño excelsior con «soutache» bordada, cuello Médicis y vueltas de piel de cisne.

En otro género, he aquí un «vestment» que logró enorme éxito el día de los saltos de obstáculos. Se recomienda, en efecto, por su distinción y en cierto modo por un viso de nacionalidad.

Es una casaca rusa con aldetas plegadas por detrás y cinturón que pasa al interior con hebilla rusa y guarnecido de galones rusos. Las delanteras se cierran, cuando se desea, con un gran cuello chal, igualmente guarnecido de galones.

Esta casaca rusa ha tenido gran éxito.

Lo que es completamente un traje de «sportswomen» es el «covercoat» cruzado con cuatro enormes botones «white pearl» á cada lado; el talle y graciosamente ajustado

por detrás y las costuras picadas como en los «pardessus» de hombre, lo cual contribuye á dar á este traje un «cachet» especial.

Pasemos á ocuparnos de los sombreros, y fijo vuestra atención sobre uno de mañana, forma Luis XV, con gran grupo de amapolas delante, y otro grupo de plumas al lado.

Pequeña «calotte» amarilla, muy elevada, guarnecida de penachos de plumas y con un gran lazo de cintas de satén y una hebilla delante.

Sombrero redondo, forma pequeña, de paja de Italia, forrado de terciopelo verde, tres grupos de rosas Paul Nerón, delante y detrás.

En fin, una capelina muy grande de paja de Italia, enteramente cubierta de oladas de penachos maíz.

LA RECETA DE LA SEMANA.

Huevos escalfados.—Se unta un plato hondo con manteca, espolvoreándolo con un poco de sal, pónganse encima los huevos; deslíase un poco de manteca con una cucharada de leche ó nata, y cuando esté bien caliente se echa por encima, se tapa bien, poniendo el plato á fuego lento, y se sirve.

MARIA.

COLABORACIÓN INÉDITA.

LAS DOS CRUCES

I.

Entonces era una inocua apenas alborando en la adolescencia naciente; apurando mucho llegaría á los diez años, unos diez años alegres, radiantes, desenvueltos, muy luminosos...

Su rostro moreno, de color sanísimo, sus ojos oscuros y grandes, muy suaves, casi imperceptible bozo apuntándole sobre los labios, y la anchura de las caderas y de los hombros, prometían una mujer espléndida para cuando sazanasen su pubertad... Todavía no pasaba de ser una criatura y ya los chicos del barrio andaban bebiendo los vientos por ella...

Su padre poseía el tabernuco de la esquina, un establecimiento de bebidas que

según públicas lenguas y á pesar de su mal aspecto, dábale al dueño buenas pesetas de ganancia...

La niña andaba siempre correteando por el arroyo sin apartarse mucho de la tienda y muchas veces, en el verano sobre todo en que no se cerraba la puerta de cristales, se la distinguía por las tardes sentada en una silla, en el umbral...

Por tal razón no había en la calle quien no la conociera...

Ya se sabía... Su madre, una flamenca muy fresca y muy apegada á la tradición que sacaba las galas de la cómoda para celebrar todas las fiestas populares, no dejaba pasar en claro la de la cruz.

Muy tempranito cogía por su cuenta á la muchacha y á las diez de la mañana estaba ya la chica en la calle prendida de veinticinco mil alfileres... Daba gozo verla... La madre la peinaba á maravilla poniendo en la operación sus cinco sentidos y rizándole el pelo profusamente, vestía la con su traje de fiesta y la cubría el busto con su propio pañuelo de crespón, doblado por arriba para que no arrastrara y el que el demonio de la chica se terciaba con el mismo singular donaire que cualquier chula del barrio, adivinándose en sus ojos la complacencia con que la chiquilla se miraba los largos flecos que le caían por los lados y que le ondulaban al andar formándole como una cascada de seda...

Así, satisfecha, monísima, con su mano izquierda en la cadera, en jarra, engalanada, risueña, alegre, reunida con sus amiguitas de barrio, sin parar en su casa sino á la hora de comer, con la bandejita en la mano iba y venía asaltando á los transeuntes y en particular á los vecinos, diciéndoles con su voz fresca y argentina, entre pitorreo y murmullo: —Un perrito para la cruz de Mayo...

**

II.

El capullo rompió con el tiempo surgiendo la flor y la niña se convirtió en una garrida y rozagante muchacha por la que siguieron peleándose los chicos de ayer ascendidos á hombres por los años...

No permaneció mucho tiempo soltera... Un día atronó la calle el estrépito de una murga y de la taberna salió un alegre cortejo de mantillas de casco, pañuelos de crespón y paveros... Se casaba la chiquilla con un impresor. Hacía un buen matrimonio.

En todo el día volvieron á la casa y la tornaboda se celebró allí en la Fuente de la Teja entre guitarrero, piano de manubrio y botas de vino.

Los años se fueron como se van siempre sin sentir; mudéme de casa, dejando el antiguo barrio, y como era natural hundióse en el olvido el recuerdo de una cosa que no me atañía en lo más mínimo...

Un día, precisamente en un tres del mes de las golondrinas, del sonriente Mayo, entréme por las puertas una infeliz recomendada eficazmente por un amigo; pretendía costura en los asilos provinciales y deseaba una carta para algún diputado en apoyo de sus pretensiones.

Mandéla pasar y me encontré con una mujer joven, triste, de aspecto desolado, con esos surcos que dejan las lágrimas en el rostro; bastaba mirarla para adivinar que la tenía cogida debajo de sus dientes la rueda de la miseria; el hambre no había podido borrar sus gracias y aun resultaba una guapa moza de gran atractivo; traía de la mano un mocosín muy simpático, de ojos asustados que se cogía á la falda de su madre como queriendo esconderse... En cuanto la ví, la reconocí...

—¡Toma...! Pues usted es la tabernera de la esquina...! La que se casó con el impresor...

Echóse á llorar entonces y al pronto no pudo hablar, arrollada su voz por las lágrimas. Al fin se fue serenando y exclamó á borbotones:

—¡Señor... Es Ud. buen fisonomista... Pues nada... Una desgracia atroz... Mi marido... Si una pudiera saber eso antes de casarse... Mi marido era un cabeza loca que mientras vivió mi padre... Vamos... No se portó mal... Pero mi padre murió, siguiéndole al poco tiempo mi madre y en cuanto se vió libre... ¡Dios mío!... Echóse á la buena vida, dejó la imprenta, no parecía nunca por casa, perdió al juego cuanto teníamos, comenzó á maltratarme y un día me abandonó y no le he vuelto á ver, dejándome sola con este pobre hijo... el llanto la interrumpió de nuevo; compadecido de su infortunio le dí la carta que me pedía y un socorro.

Ella se guardó ambas cosas y dijo al marcharse con profunda pena:

—¡Se acuerda Ud. señorito hace años tal día como hoy... Qué diferencia entre la cruz de Mayo y ésta que llevo encima.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

3 Mayo 92.

(Prohibida la reproducción)

75

UNA VENGANZA

—No sois vos el que debéis decirme, contestó ella con una infantil coquetería: por lo que veo no se os ocurre ni siquiera darme las gracias? Qué teneis? Vuestro ademán es sombrío, débil y temblorosa vuestra voz? Os ha sucedido alguna cosa?

—No.

—Entonces, por qué callais? Habladme. No comprendéis que tengo necesidad de escucharos, que es preciso me digais algo carifoso y tierno que disipe la fiebre que me devora desde ayer?

—Caprichos de mujer, contestó Jorge; ayer al dirigiros las palabras que hoy me reclamais ¿no me impusisteis silencio?

—Caprichos, decís; oh no! necesidad de mi corazón.

—La señora Javerval me quita el derecho de orgullecerme con vuestra confesión, repuso el marido de Blanca aumentando la ironía para apagar los sentimientos de una emoción involuntaria.

—Dudais de mi amor y esto es lo que espere una nube sobre vuestra frente, contestó Clemencia, arrastrada por el ardor italiano que había heredado de su madre; tal vez os he dado yo el derecho de ser incrédulo confesándoos demasiado tarde mi debilidad. Pero ¿eran necesarias palabras? Mis ojos no os han dicho ya lo que hasta ahora había callado mi boca? Hasta el callar es para mí un sacrificio. La amorosa persecu-

74

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

que ella observaba en su actitud, la contenida agitación que le pareció tener alteradas sus facciones, otros muchos síntomas por ella atribuidos á la pasión de que se creía objeto, hicieron caer poco á poco la severa armadura en la que, una última reacción de virtud, la había envuelto.

Cediendo al instinto de su sexo, demasiado hábil para resistir en presencia de una agresión poderosa, como débil otras, aun no atacándotas, á la amarga sonrisa de Jorge concedió lo que tal vez hubiera rehusado á sus ruegos y á sus lágrimas.

—Ingrato, dijo ella, ¿qué os he hecho para merecer tan crueles palabras? Yo quiero que bien pronto os arrepintais de haberlas pronunciado.

Tomando entonces de su secreter un cofrecito de ébano, sacó de él un medallón y lo ofreció á Jorge.

—Vuestro retrato, exclamó Sordenill.

—Ahora, ¿dudareis aun? preguntó ella acompañando sus palabras con una sonrisa que duplicaba el precio del presente.

Antes de contestar Sordenill, contempló largo rato el retrato que tenía frente á sus ojos, pero sin dejar escapar ni uno solo de esos trasportes cuyos impetus arrebatan á los verdaderos amantes. Dejando en fin caer su mano con una señal marcada de abatimiento, dirigió sobre Clemencia una mirada llena de tristeza.

—Me amais? preguntó él.

VI

Entre las once y doce de aquella noche, un hombre se introducía en casa de la señora de Epernoz, por la puerta del jardín situada en el muro de la derecha de la fachada que formaba parte de la calle de Provenza. Con los ladrones y los arquitectos son los amantes, sin disputa los que se dan mejor cuenta de la distribución de una casa. El visitador nocturno correspondía sin duda á una de estas tres clases, porque apesar de la obscuridad se dirigió con certidumbre á través de los bosquecillos cargados de rocío y salió de este laberinto como si hubiese hecho un profundo estudio de la localidad.

La habitación de la señora de Epernoz estaba en el primer piso y comunicaba al jardín por una escalera